



LOS DOS PESCADORES.

I.

Habia en las costas del Cantábrico una cabaña que habitaban dos hermanos pescadores.

Juan y Rafael, huérfanos y sin más patrimonio que su pequeño hogar, sus lanchas y sus redes, buscaban en las movibles aguas del mar el pan del trabajo y la salud.

No era, sin embargo, tan sosegada aquella vida para el menor de los hermanos, quien, dotado por la naturaleza de un alma inquieta y ambiciosa, maldecía muchas veces su misera condicion, entregándose á engañosos sueños.

Juan, por el contrario, gozaba extraordinariamente con aquella vida contemplativa y solitaria, y no extendía sus miradas más allá del anchuroso cielo y las lejanas

montañas, cubiertas de nieve en el invierno y de luz vivificante en el verano.

Tales eran los dos habitantes de las cantábricas costas.

Por el misterioso enlace de las ideas y los hechos, las lanchas pescadoras reflejaban fielmente el carácter de sus dueños: la de Juan, sólida y pesada, nunca se apartó demasiado de la orilla, y si era la pesca ménos abundante, tambien eran menores los peligros y las fatigas; la de Rafael, pequeña y ligera, cuando las olas la impulsaban, parecia participar del organismo nervioso y la inquietud constante del intrépido pescador.

Juan apenas se alejaba de la costa; Rafael se internaba mar adentro para luchar con las olas.

Cuando la tarde declinaba y la

campana que convida á la oracion tañia á lo léjos, Juan habia tornado ya, y consumiendo el tabaco de su pipa, esperaba á su hermano y echaba sus cuentas con esa aritmética mental que aprenden los pobres en la escuela del trabajo.

Entre tanto Rafael, fatigado y sombrío, sorprendido en el mar por los rayos diligentes de la luna, apresuraba la marcha de su obediente barquilla para ganar la costa, jardin inmenso en que paseaba su miseria y lamentaba su precaria suerte.

—Buenas noches, hermano,—decia Rafael.

—Bien venido, Rafael,—decia Juan.

Y se dirigian al pequeño hogar en donde el duro lecho les brindaba asilo para el descanso al uno, palacio en que forjar sus locas pesadillas al otro.

II.

Una mañana, Rafael se alejó de la costa más que de costumbre.

Su débil barquilla convirtiéndose en punto invisible, y ni la mirada más penetrante hubiera divisado al hombre que entre las espumas de las olas se ocultaba, ni el oído más seguro hubiera percibido el rumor de los remos y el sonido de las notas del canto marinero.

Su hermano Juan notó con alguna inquietud este cambio, y ape-

nas la tarde vino para anunciarle el término de su faena, internóse mar adentro para llamar á su imprudente hermano.

En vano fueron sus pesquisas.

Volvióse á su cabaña triste, pensando encontrar allí á Rafael, aunque la duda de alguna desgracia germinaba ya en su cerebro.

Tendió la noche su manto azul; la luna brillaba alegremente, y Rafael no volvía.

Juan no pudo conciliar el sueño; pero á la media noche se levantó sobresaltado: un golpe seco habia sonado en la orilla.

De un salto se puso en la playa, y una exclamacion terrible de dolor salió de su garganta.

¡La barca de Rafael venía sola!

III.

Un año trascurrió de luto y tristeza para Juan, que tenía la evidencia de que su desgraciado hermano habia muerto.

Pero como no conservaba ahorros, tuvo que continuar su improba faena.

El dolor necesita una tregua, un descanso... pero no para los pobres.

Pescando estaba Juan una de tantas mañanas, cuando de pronto vió que llegaba á su cabaña un hombre lujosamente vestido, y que, al verla desierta, se dirigió corriendo á la orilla de la playa y empezó á gritar con voz alegre:

—¡Hermano!... ¡Hermano!...

Aquella voz era la de Rafael.

Los dos hermanos se abrazaron estrechamente al verse juntos; y Rafael, comprendiendo la impaciencia de su hermano por saber lo sucedido:

—Escucha,—le dijo:—tú sabías mis ambiciones y mis sueños por alcanzar una posicion desahogada... El último dia en que me alejé de tu lado, habia divisado una gran nave... me acerqué... hacia falta sustituir á uno que habia muerto, y me ofrecí, convencido de que aquella ocasion me la deparaba mi suerte. En la nave venía un viejo millonario con tres sobrinos, sus herederos... una noche se quiso cometer un asesinato.... el viejo cayó al agua, dicen que *casualmente*... y yo le salvé: este fué el origen de mi fortuna. Cuando desembarcamos, el viejo millonario desheredó á sus sobrinos y me legó su fortuna... Ya ha muerto, y vengo á llevarte á mi palacio.

—No, hermano. Yo soy humilde y amo mucho mi lancha, mis redes y la cabaña de nuestros padres: me moriría si los abandonara.

—¿Prefieres tu cabaña á mi palacio?

—Sí, Rafael.

—Al ménos hoy...

—Hoy, despues de haberte visto y abrazado, continuaré mi trabajo para ganarme mi susten-

to... Y... hasta la noche, Rafael.

Embarcóse acto continuo, y como si nada hubiera ocurrido, continuó en su tarea tendiendo ántes las esponjosas redes.

IV.

Rafael, asombrado al ver que su hermano despreciaba las riquezas, pensó que hay hombres que han nacido para pobres.

Pasaron algunas horas: de pronto, por el camino, vió venir á un hombre con algunos papeles para él. Los leyó... El primero era una sentencia que le desposeia de sus bienes, por efecto de un codicilo anterior otorgado en favor de los sobrinos; el segundo, la carta de una mujer olvidadiza; los otros papeles eran tambien cartas de *amigos*, que se despedian sabiendo que era pobre.

La indignacion hizo palidecer á Rafael: comprendió que el derecho de los sobrinos era falso, y que aquella mujer y aquellos amigos nunca le habian querido.

Y levantándose con ira, hizo trizas el traje cortesano que llevaba, pisoteó su sombrero, y vistiéndose la blusa azul y el pantalon remendado que en la cabaña tenía, corrió á la orilla, desatraco su lancha y gritó á Juan:

—¡Hermano!... ¡Hermano!... Espera... ¡Yo tambien quiero ganar el pan de hoy!...

JAVIER GOMEZ DE LA SERNA.

MOISÉS.

Las aulas se han abierto; el año escolar ha comenzado, y los estudiantes, que vuelven á reunirse después de tres meses de separación, se comunican sus impresiones de verano.

Juanito Lopez trae muchas co-

sas que contar: ha viajado por la línea del Norte, se ha bañado en el Cantábrico y se complace en narrar sus aventuras. Sus condiscípulos le rodean, y Juanito toma resueltamente la palabra.

—No podeis figuraros, — dice á



sus compañeros, —el efecto que produce viajar para los que nunca han salido de Madrid. Los médicos me habian recomendado las aguas del mar, y mi mamá decidió llevarme á Bilbao durante los primeros días de Julio. La noche anterior al viaje no pude pegar los ojos; ¡creía que se iba á marchar el tren sin nosotros, y tres veces me levanté á mirar el reloj! Por último, al amanecer oí que daban unos aldabonazos en la puerta, y sentándome en la cama, llamé á mi mamá.

—Ahí debe estar el mozo de la estación.

Mi mamá se despertó sobresaltada, y aunque le pareció demasiado temprano, empezó á vestirse.

Pero pronto salimos de dudas, porque, después de un corto instante de silencio, el que llamaba al aldabon exclamó con un vozarrón tremendo:

—¡El burrero!

De todas maneras, ya era imposible dormir. Nos vestimos, tomamos chocolate y poco después nos

dirigimos á la estacion, seguidos por un mozo que llevaba el equipaje.

¡Poco ufano que iba yo delante con los paraguas y sombrillas y un saco de noche en la mano!

Llegamos á la estacion mucho ántes de la hora señalada; pero ya se nos habian anticipado muchísi-

mos viajeros, que formaban cola. Como íbamos en un tren de recreo...

—¡En el tren del botijo!—gritaron los compañeros de Juan.

—No sé por qué le llamais así, porque la verdad es que yo no vi ningun botijo.

—Sigue tu historia...

—Lo que noté que todo el mundo



llevaba era mantas, alforjas, cestos y cofres de todos tamaños.

—Por último, entrásteis...

—Nos hicieron entrar á empujones en el andén; allí un empleado nos empujó hácia uno de los coches, que en un instante se vió lleno de gente. Otra media hora despues, se oyó silbar la locomotora, y el tren empezó á arrastrarse pesadamente por los rails. Os confieso que aquello me entusiasmaba y que, asomado á la ventanilla, devoraba con los ojos los accidentes del ter-

reno, los ganados que se veian á lo léjos y á los que, ménos felices que nosotros, caminaban en borricos ó guiaban una carreta. Lo único que me disgustaba era el no poder moverme de un sitio y el pensar el mucho tiempo que faltaba. A las dos horas, todos mis compañeros de coche se habian acomodado lo mejor posible, aunque en perjuicio nuestro; mi mamá procuraba dormir, y yo empezaba á cansarme de la incomodidad del coche.

(Se continuará.)

LA ENVIDIA.

IDEAS SUELTAS.

La infancia es el prólogo de la vida.

Como lo es la aurora del día que se anuncia con su primer crepúsculo.

Edad hermosa, página primera de nuestra existencia.

Ensalzada por los poetas.

Admirada por los sabios.

Estudiada por los filósofos.

Combatida por los descreídos.

Momento supremo en el que el sér humano exhala su primer suspiro.

La flor su primer aroma.

El ave su primer vuelo.

Canto sublime del poema de la humanidad.

Grandiosa introducción del libro del porvenir.

En la que la santa educación escribe la primera letra, ó el mal ejemplo estampa su primer borron.

Allí se refleja el hombre.

Aquí el reptil.

La sólida instrucción cimentada por la moral y engalanada con las santas flores del Gólgota, despierta la inteligencia, purifica el alma y produce la noble emulación.

La ignorancia, sembrada en el árido desierto de la inmoralidad y del abismo, cosecha la Envidia.

En el primer caso, el hombre empieza por ser mártir y concluye siendo héroe.

En el segundo, es héroe para ser criminal.

La primera fase se refleja en el cielo de la fé.

La segunda en los abismos de la duda.

El hombre que cree, lucha, espera y ama.

El que duda, combate odiando, y espera sin esperanza.

¿Qué es, pues, la Envidia?

La flor mística y triste en medio de sus hermanas frescas y hermosas.

El escaso arroyo contemplando tristemente al caudaloso río.

El río envidiando la inmensidad del mar.

Una mano cruel arrancando la venda que cubre la herida abierta por la murmuración y la calumnia.

Los torpes lábios que publican una acción censurable.

La despreciativa sonrisa burlándose del legítimo triunfo del saber.

La crítica de la virtud.

La caricatura del talento.

El proceso de uno mismo.

Bruto blandiendo el puñal contra César.

Avellaneda escribiendo la segunda parte del *Quijote*.

Neron codiciando los versos de Lucano.

Pompeyo desdeñando á Marco Pompilio.

Jesús sentenciado por los hebreos.

Hé aquí la Envidia sobrenadando en el mar de la ignorancia, de la ambicion y la avaricia; torrente que asola y devasta el ameno y florido valle de la virtud, donde germina la Santa Caridad, inspirando la Santa Emulacion.

La Envidia desea el bien de que otros gozan; la Emulacion lucha con nobleza para conseguir el mismo bien.

Aquella es vil pecado, inspirado por el rencor.

Esta es la virtud reflejada en la abnegacion.

Miradla en Roma combatiendo con Cartago.

En Carlos V venciendo á Francisco I.

En el Cardenal Montalto ocupando el sólio Pontificio.

La Emulacion une lo que desune la Envidia.

Es un cielo que se refleja en otro cielo.

Pureza celestial que tranquiliza el alma.

Digno y cariñoso saludo que el vencido dirige al vencedor.

Bendita sociedad de seguros contra el incendio del odio.

Mirada tranquila y serena que contempla el camino de la gloria para ascender por él, siguiendo las huellas de los que le precedieron.

La Envidia destruye.

La Emulacion edifica.

Seguid sus huellas, mis pequeños lectores, y no olvideis estas pobres ideas, hijas de una imaginacion que no os olvida.

De un corazon que os ama.

La Envidia os conducirá por el camino del desprecio á la tumba del olvido.

La Emulacion, por el contrario, os guiará á la cumbre del saber en alas de la Santa Caridad.

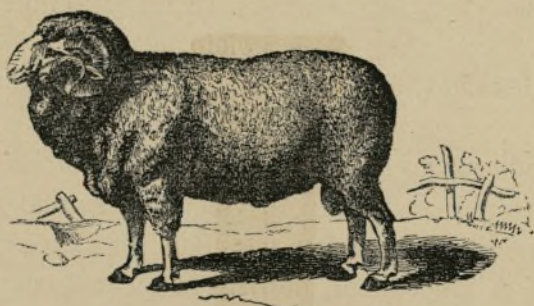
RAMIRO MARTINEZ APARICIO.

RÁFAGAS.

Aire son la vanidad,
La ventura y el amor:
Todo pasa y sólo queda
La bondad del corazon.

F. MARTINEZ PEDROSA.

ZOOLOGÍA.



EL CARNERO

Pertenece al orden de los rumiantes mamíferos monodelfos, con pezuñas partidas por lo comun y cuatro estómagos. El carnero se distingue por sus cuernos angulosos, encorvados en espiral y con arrugas transversas y frente convexa. Hay variedades y castas muy útiles, como la raza comun, riberiega ó burda; de lana corta y basta, la merina ó española, que puede ser trashumante ó estante; de lana larga y rizada, y las razas inglesas, de lana larga no rizada. En conjunto se citan catorce especies. La hembra se llama oveja, las crias de un año borregos y las de más tiempo corderos.

El empleo de la lana para los

vestidos ha dado grandísima importancia á este animal, habiéndolo sido durante largo tiempo en España base de una verdadera riqueza. Errores administrativos y económicos la han reducido notablemente. La lana es el vellon ó pelo de la oveja y el carnero, y la hay de tres clases: una muy fina, que es la de las ovejas merinas, y sirve para hacer los paños y demas tejidos finos; otra de inferior calidad, que dan las ovejas riberiegas, de que se hacen paños más gruesos, bayetas y otros tejidos análogos, y finalmente, la de las ovejas churras, que es la más tosca, grosera y de pelo más largo, y sirve para paños bastos.

EL LEÑO DE LA SANTA MADRE

CONVENTO DE SAN JOSÉ (ÁVILA)

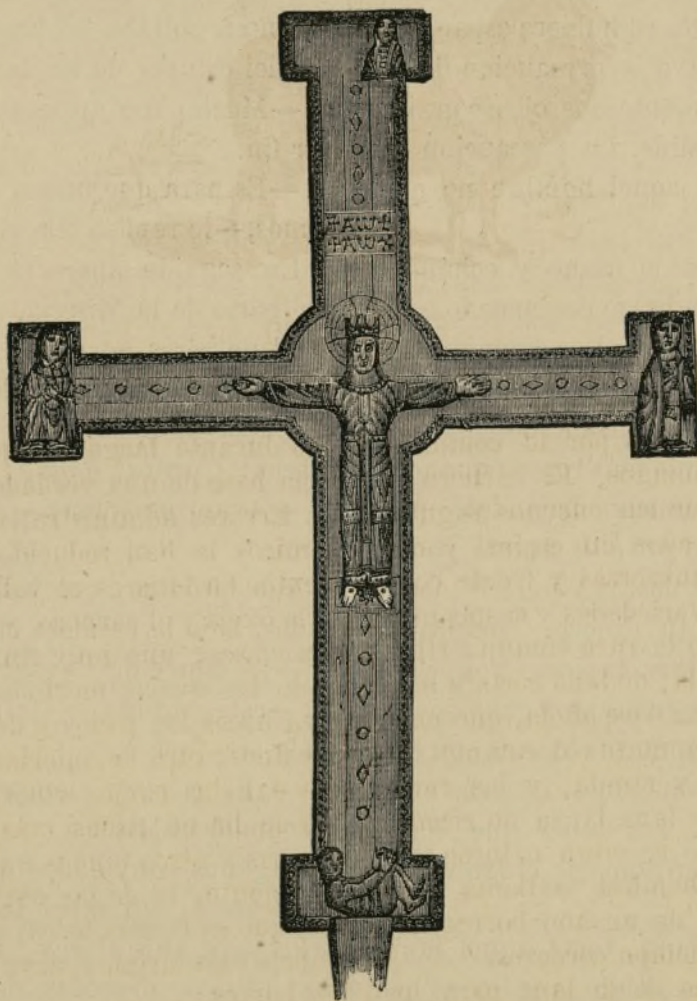
Dejó la niña su gentil morada,
Y en hondos pensamientos,
Vagó por los espacios infinitos,
Sintió el amor y los divinos celos.
Y de altar en altar, de celda en celda,
Vió nacer, ir creciendo,
La fé más viva y la pasión más firme

Que albergó humano pecho;
Y en la dulce morada de las *Madres*,
Dormida en tosco leño,
Dióse á amar y soñar, Teresa, tanto...
Que despertó en el cielo.

F. MARTINEZ PEDROSA.

Agosto, 1875.

JOYAS DEL ARTE.



CRUZ BIZANTINA QUE SE CONSERVA, CON OTRAS VARIAS DE PLATA, EN EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS.

EL TRIUNFO DE LA MISERIA.

(Conclusion.)

La Miseria estaba vestida con extrañeza. Algunos gruesos harapos que habian sido antiguamente vestiduras soberbias, cubrian más

que de ordinario la asquerosa delgadez de su cuerpo, y su boca trataba de sonreír. Era, en suma, una singular aparicion.

El pródigo la juzgó más original que horrible y la dirigió un amable saludo. Si la hubiese examinado atentamente, se hubiera espantado; pero ella tuvo la precaucion de taparle sutilmente los ojos con una venda invisible. La precaucion era casi inútil: aquel hombre no quería ver.

Tomóle de la mano y echándole al cuello un brazo descarnado como para acariciarle: «Ven conmigo,—le dijo,—soy tu amiga; quiero conducirte á una mansion desconocida, donde hallarás más reposo que aquí; te fatigas mucho bajándote para coger tanto oro, tu ánimo padece inventando fiestas y nuevos medios de gastar tu dinero, comprando vasos, cuadros, tapices. Ven; yo te libertaré de todos esos cuidados: tu imaginacion no se cansará con esas penosas invenciones, gozarás en la indolencia, sin tener que hacer nada, ni aún tomarte el trabajo de comer.»

En su locura, tomó aquel hombre aquellas palabras irónicas por un discurso serio, y poco á poco se dejó seducir. Levantóse y la siguió. El diablillo de la casa comprendió que no era bastante fuerte para trabar una lucha con la Miseria, y empezó á apagar las lámparas y descolgar los cuadros, por más que en su interior sintiese que la casa se viera privada en adelante de sus adornos y sus fiestas.

Entre tanto el pródigo, llenas aún las manos de oro, marchaba indolentemente guiado por la Miseria, que no le soltaba del brazo, en medio del estupor de los asistentes.

—Mucho me aprietas,—la dijo por fin.

—Es para que nunca nos separemos,—le repuso ella riendo.

En seguida apareció el cortejo ordinario de la Miseria. Una multitud de seres horribles invadió el palacio: cada uno de ellos llevaba un papel en que se leían estas palabras: *Cuenta, deuda, memoria.*

—Avancemos más,—dijo la Miseria.

Y el pródigo, con los ojos vendados, bajó la escalera con ella.

—¿A dónde me llevas?—preguntó;—este camino es fatigoso y se anda sin querer.

—¡Es porque siempre baja!—respondió la Miseria.

Algunos convidados que subian la escalera, sin saber lo ocurrido, saludaban aún al rico, recogiendo las últimas monedas de oro que caian de sus manos.

Pero en lo alto, los demás, apoyados en la balaustrada, encogian los hombros riendo y señalando con el dedo al pobre insensato, arrastrado á su pesar á su pérdida, y le daban un irónico adios.

La Miseria condujo al pródigo por las calles; sus criados cerraron la puerta tras él. Luégo le arrancó

la venda de sus ojos, y quitándose sus ricos harapos, se le apareció tal como era en realidad, casi desnuda, horrible. Él la contempló con espanto; levantó los ojos estúpidamente á su palacio, y vió en sus balcones los papeles que indicaban pretender ser alquilado.

—¿Quién eres?—le preguntó lleno de terror, abalanzándose como un náufrago al llamador de su puerta.

—Soy tu amiga. Ya no nos separaremos nunca.

Y volviéndole á agarrar, le arrancó violentamente de su puerta y le enseñó á lo lejos algunas chozas miserables.

—Hé ahí á dónde vamos,—dijo.

Como él estaba turbado, no podía comprender aún quién era y qué le quería; pero bien pronto en su camino escuchó decir á todos: «Ved á la Miseria, que le arrastra.»

Entonces comenzó á lamentarse.

—¡Ah, traidora! ¿por qué me has elegido por tu víctima, cuando vivías tan lejos de mí? ¿Por qué no te cuidas mejor de todas esas gentes que viven á tu lado y están acostumbradas á verte? ¡Yo no te conocía!

—¿No soy bastante hermosa para elegir á los que prefiera?—dijo la Miseria con una risa estridente y burlándose de él.

Para llegar hasta las chozas tuvieron que atravesar un camino inculto, pues en él no se encontraban

árboles para reposar á la sombra, fuentes para apagar la sed ni posadas para comer: en cambio estaba lleno de zarzas, agujeros y guijarros, y aunque breve, pareció larguísimo al pródigo. Quejóse del sol, de hambre y de sed. Desgarráronse sus vestidos, sus piés se ensangrentaron; pero la Miseria le arrastraba riendo, sin inquietarse de sus gemidos, sin mirar si se destrozaba las manos, las rodillas ó el rostro. En pocos instantes se había quedado tan flaco como la Miseria misma.

—¡Ah, cruel miseria! ¿Por qué me haces sufrir?—exclamó.

—¡Ah, pobre tonto! ¿Por qué me has dejado entrar en tu casa?—le contestó.

Y como no podía justificarse de su imprevision, no respondió, y continuó caminando con la cabeza baja.

Por fin llegaron á las chozas.

¡Qué triste aspecto ofrecían! Cualquiera las hubiera juzgado invadidas por la peste.

La iglesia estaba cerrada y ruinosa. No había consuelo, caridad ni esperanza para los que se habían dejado llevar hasta allí. La palabra *quiebra* estaba inscrita sobre una casa donde antiguamente se vendía vino. No había cosechas ni sembrados. En un pajar se hallaba acostado un hombre medio desnudo... muerto ó dormido. Más lejos

llevaban dos guardas á otro hombre, y detrás conducian á un cuerpo ensangrentado; una puerta muy grande se hallaba abierta: ¡la prision!

La Miseria empujó al pródigo á una habitacion desnuda y estropeada, cuyas agujereadas paredes y hundido techo dejaban pasar un viento furioso y una lluvia helada. El suelo era una tierra fangosa y no habia puertas: ¿para qué serviría? La Miseria se colocó en el dintel como un carcelero agitando en su mano la venda fatal. Hallábanse por tierra los restos de una botella rota, algunos instrumentos informes roídos por los ratones, otros gigantescos cuyo peso habia espantado sin duda á todos los habitantes de aquella triste mansion, porque los habian dejado tomarse de la humedad. En un rincon se veia multitud de huesos humanos; contra la pared se movia una cuerda sujeta á un clavo.

—Esos huesos,—dijo la Miseria,—son de uno de los que te han

precedido aquí y que murió de hambre. Otro se ha servido de esa cuerda para ahorcarse.

Al escuchar estas crueles palabras, se puso el pródigo á llorar.

—¡Inútil es que llores!—le dijo ella;—morirás como uno de esos dos.

Entonces miró hácia la puerta con ánimo de huir, porque distinguia á lo léjos, en la ciudad que habitara, coches, caballos y tranquilos paseantes.

Pero la Miseria le golpeó con su látigo.

En aquel momento escucharon una cancion, la cancion de un hombre cuya conciencia estaba tranquila. El pródigo volvió á mirar por el camino que conducia de la rica ciudad á las miserables cabañas, y vió caminar á un pobre hombre (tal lo juzgaba al ménos) que llevaba una carga á la espalda, pero que parecia satisfecho.

—No le mires,—dijo la Miseria irritada,—porque te infundiria esperanza, indicándote acaso el único medio de huir de mí: ¡el trabajo!

EL AVE-MARÍA.

En esa hora solemne
De la mañana,
En que la luz es dulce
Y el viento aura,
Y la tierra se llena
De sombras vagas;
En esa breve hora
Tan pura y santa,

Que hasta el veneno pierde
Su fuerza innata,
Y se tiñen los cielos
De rosa y grana,
Y despliega sus hojas
La flor temprana;
En esa hermosa hora
Que llaman alba,

Cuyo nombre pretenden
Personas sabias
Que significar quiere
Hora dorada,
En célica armonía
Voces lejanas
Entonan dulcemente
Tierna plegaria,
Cuyos ecos resuenan
Por las montañas,

Cuyo ritmo sostienen
Celestes arpas;
Es la bella canturía
Corta en palabras;
Dice: «Salve, María,
Madre sin mancha,
Divina mediadora,
Celeste guarda;
Salve, yo te saludo,
Llena de gracia...»

FRANCISCA SARASATE.

ESTUDIOS DE DIBUJO.

LECCION LXXVI.

Se ha dicho anteriormente lo que son molduras y el papel tan importante que en la decoracion de edificios, muebles, etc., juegan, y cómo en ellas se distingue el carácter del *elemento del fragmento* y del *conjunto*; efecto de esa importancia, al proponerme presentar ejemplos de fragmentos y conjuntos, he concedido la preferencia casi en absoluto á las molduras decoradas.

Cuando la moldura es una superficie plana, generalmente vertical, comprendida entre filetes ú otras molduras, toma el nombre general de faja, segun decíamos en la leccion XXXI. Pues bien; estas fajas conviene algunas veces decorarlas, y en semejantes decoraciones se observa una de estas tres cosas: puede ser la decoracion *pintada* sobre una superficie lisa; puede ser *abultada*, es decir, haciendo el adorno saliente sobre la superficie que decora, á lo que se llama *en relieve*; ó finalmente, la decoracion puede ser *rehundida*, ó sea haciendo el adorno entrante respecto de la superficie de la faja.

La *fig. 324* representa una faja plana decorada con pintura y se compone de *flores de lotus* con cinco pétalos: tres vistos por el exterior que tienen un color, dos por la interior con color distinto, y el cáliz tambien con color distinto; entre cada dos flores hay una *perla indiana* que tiene la forma de una almendra, terminando la decoracion algunos puntos redondos, destacándose el todo sobre un fondo de color uniforme.

Para trazar esta figura, como casi todas

las que presentamos, obsérvese que hay en ella ejes de simetría que deben ser colocados primero, así como las líneas horizontales que limitan la faja, y por el procedimiento conocido del tanteo y perfilado terminarla.

La *fig. 325* es tambien una faja pintada, compuesta de una palmeta central con una envoltura bifoliada en sus dos extremos y recurva, motivo que al repetirse presta á derecha é izquierda de la palmeta puntos de nacimiento á unas flores tripétalas, ó sea de tres pétalos, produciéndose un conjunto muy agradable, en cuya construccion no hay más regla que fijar, como se ha dicho, los ejes de simetría y á ellos ajustarse para dibujar el motivo, que repetido produce el conjunto que presentamos.

La *fig. 326* corresponde á las fajas con relieve de que ántes se ha hablado; su decoracion es geométrica y la forman varios filetes que se entrelazan entre sí pasando los unos por debajo de los otros y formando lo que se conoce con el nombre de *lacerias*: en estas formas hay que observar que, además de los ejes de simetría, hay otras figuras geométricas que envuelven el adorno, circunscribiéndole, como sucede en general con los polígonos ó con la circunferencia; así, en la figura que se presenta, se debe observar que una circunferencia inscrita dentro del roseton central tocaría á los cuatro ángulos curvilíneos. La gracia en estos entrelazados consiste: primero, en que el aspecto de la decoracion sea sencillo y agradable, dándose razon fácil al verla de cómo está formado, huyendo de las complicaciones que fatigan

la vista; y segundo, que los entrelazados se hagan alternados para que haya un verdadero tejido entre las partes que se entrelazan. Cuando como en el caso presente se representa un objeto en *relieve* sobre una superficie, no basta hacer el dibujo de la decoracion, sino que es indispensable colocar las sombras, y de ese modo se completa la forma, dándose así razon del saliente, el

abultado ó el relieve del filete sobre la faja.

Con objeto de que el lector se vaya acostumbrando á tales palabras, le diremos que la primera faja es *egipcia*, la segunda *griega* y la tercera es *bizantina*, y que corresponden al gusto en cada uno de esos pueblos, de los cuales el primero es el más antiguo, el segundo ménos, y ménos aún el tercero.

M. A. CAPO.

Figura 324.

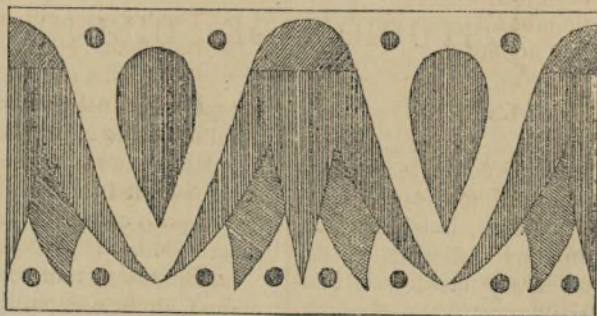


Figura 325.



Figura 326.



EL POSTRER CUENTO.

.....
 —Pero, hijito mío,
 ¡Si te rinde el sueño!
 ¡Vas á desvelarte
 Si te sigo el cuento!
 —¡No!... no...
 —No te enfades;
 ¡Cumpliré tu anhelo!
 Llegaba... llegaba...
 ¡Ah! sí, ya me acuerdo,
 Cuando el pajarito,
 Ya cerca del cielo,
 Volaba y volaba
 Triste, repitiendo:
 «¿Quién vió, venturoso,
 Pasar por el viento
 Una mariposa
 De alitas de espejo?»
 ¡Pobre pajarito!
 No la hallaba...
 —¿Y luégo?
 —Luégo le decían:

«¡Ay! Pájaro bello,
 De plumitas de oro,
 De armonioso acento;
 Por aquí ha pasado,
 Gozosa, riendo:
 Le llevó á un palacio
 Su amante jilguero,
 En donde de rosas
 Tendrá el pavimento,
 De topacio el aire,
 De música el viento;
 En donde de encantos
 Duermen mil misterios.
 ¡Pobre pajarito,
 No busques consuelo!»

 —Se ha dormido el pícaro;
 Bien haya su sueño.—
 Y amante en su frente
 Dejó un tierno beso.

PEDRO GROIZARD.

ACTUALIDADES.

El doctor D. José Hospital y Frago, Director del Real Colegio del Escorial, ha tenido la bondad de favorecernos con un ejemplar de su importante *Memoria sobre enseñanza y educación*, en la que desarrolla, como fruto de sus prolijos estudios didácticos, cuál debe ser el mejor plan de enseñanza, y cuáles las condiciones y circunstancias de los establecimientos en que se dé.

Dos nuevos libros acaba de publicar la casa editorial de los Sres. Bastinos, de Barcelona: *El Manual de la joven adolescente* (segunda edición), escrito por la señora Doña Faustina Saez de Melgar, y el *Manual epistolar*, segunda edición también. No hay que añadir que la edición de ambos libros es elegante y clara, como todas las de los Sres. Bastinos.

El distinguido pintor y catedrático del Instituto de segunda enseñanza de Córdoba, D. Leon Abadías de Santolaria, ha publicado un instructivo folleto con el título de *Nociones de geometría aplicada al dibujo lineal*. Dámosle gracias muy expresivas por el ejemplar del mismo con que nos ha favorecido.

Del bonito libro *Horizontes poéticos*, publicado por la notable poetisa Doña Francisca Sarasate, tomamos la bella composición *El Ave-Maria*, inserta en este número.

El Sr. D. Emilio Alvarez es el autor del discreto y entretenido sainete titulado *La Cruz de Mayo*, representado en el teatro de Lara, y en cuyo desempeño se distinguen las Sras. Valverde y Rodriguez, y

los Sres. Riquelme y Zamacois. La frecuencia con que se suceden los estrenos y la excelente compañía que actúa en dicho teatro hacen que todas las noches se vean completamente llenas sus localidades.

*
* *

Sin ninguna localidad vacía, y con asistencia de SS. MM. y AA., se inauguró el sábado la temporada dramática en el teatro Español. Se pusieron en escena las obras clásicas *La verdad sospechosa*, de

D. Juan Ruiz de Alarcon, y *La boda del tío Carcoma*, de D. Ramon de la Cruz, que obtuvieron interpretacion esmeradísima por parte de todos los actores y actrices que en ellas tomaron parte. Al terminar la comedia, Rafael Calvo dedicó algunos versos al insigne autor de la misma, que fueron calurosamente aplaudidos.

Es de esperar que el primero de nuestros teatros se vea muy favorecido por el público, recompensando de este modo los esfuerzos de su celoso empresario señor Ducazcal.

JUEGOS DE IMAGINACION.

CHARADAS.

I

Prima dos, tercera cuarta
A la primera con cuatro,
Y esto es lo que más me enoja,
Es mi *todo* cuando hablo.

II

Tercera todo va mi dos primera,
Aciértelo el que quiera.

III

Te digo en una *todo*,
Que en la *dos tercera*,
Me cogió una *dos prima*
Algo violenta;
Y *dos dos* cosa,
Aunque tan flaco me hallo
Temía su cólera.

IV

En una *prima y segunda*
De una *vieja cuarta prima*,
De mi *todo*, que es ciudad,
Tan ilustre como antigua,
Se quedó *tercera cuarta*
Mi suegra de una caída:
Tercia y prima desde entónces
Tornándose por mi dicha.

TRIÁNGULO DE PALABRAS.

```

      . . . . .
    . . . . .
  . . . . .
. . . . .
. . . . .
. . . . .
. . . . .
. . . . .
. . . . .
. . . . .

```

Sustituir estos puntos con tales letras que digan, de arriba á abajo y de izquierda á derecha:

- 1.º Un nombre femenino.
- 2.º Un verbo que lisonjea.
- 3.º La amada del poeta.
- 4.º Lo que se ve en el mar.
- 5.º Negacion.
- 6.º Una vocal.

Las soluciones ántes del 12 de Octubre. Los niños que las remitan tienen derecho á recibir, por solo 2 reales, un ejemplar de la obra *Un país fabuloso*, encuadernado en carton.

